

ORLANDO  
BETANCOR

# Thánatos

# en la

# obra de

# Gervasio

# Arturo

La imagen fugaz de la muerte, oculta detrás de las figuras de Gervasio Arturo, ha sido contemplada recientemente en la Sala del Ateneo. Esto me ha permitido reflexionar sobre el tema de la fatalidad y la brevedad del tiempo. Ambos conceptos reflejan los miedos y las angustias de la sociedad del final del milenio, que ha generado nuestro particular infierno, donde nos sentimos atrapados en medio de guerras y conflictos.

Las cabezas de sus esculturas nos evocan máscaras funerarias romanas y nos hablan de la muerte que, escondida, persigue nuestro destino con su guadaña de plata. Sus últimas obras expresan tristeza, desolación y dolor ante un mundo que ha destruido cualquier tipo de postura antagónica. El sufrimiento que muestran sus figuras nos recuerda a la opresión de un gobierno tiránico que vigila constantemente a sus ciudadanos y que ha aniquilado la más mínima oposición.

Sus piezas representan no sólo la idea de la muerte física de individuo, sino la de los ideales y la destrucción de los sueños que se hacen añicos contra el suelo de la realidad.

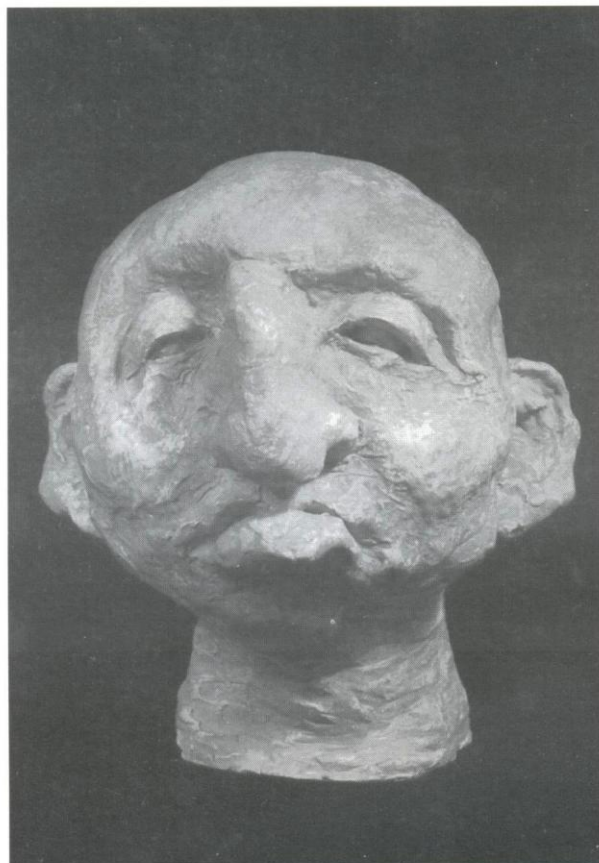
En medio de círculos dantescos, sobre llamaradas que salen de las profundidades del Averno, podemos observar a sus criaturas. Éstas permanecen aisladas, distantes, absorbidas en sus propios pensamientos de soledad, en un mundo de desolación y silencios.

Sus figuras dolientes reflejan las pesadillas de los navegantes de la barca de Caronte, al cruzar la orilla de la laguna Estigia, en un viaje sin retorno. Así, podemos escuchar los lamentos de amargura y de impotencia de sus seres, sujetos en la desesperación y el abatimiento. Éstos intentan asirse a la nave de la esperanza, en un impulso de salvarse ante la crueldad del mundo que nos rodea, que nos absorbe e intenta sumergirnos en las más terribles profundidades.

En este tránsito hacia otra realidad, paralela e inquietante, sus criaturas callan -quizás porque bajo sus lenguas guardan las monedas que los vivos han depositado para pagar al barquero su paseo por el río Aqueronte-. En su mutismo observamos su aflicción, en medio del fluir por las aguas de la laguna, que los conducirán irremediablemente a la isla de los muertos.



Sus figuras  
dolientes  
reflejan las  
pesadillas de  
los navegantes  
de la barca de  
Caronte, al  
cruzar la orilla  
de la laguna  
Estigia, en un  
viaje sin  
retorno



Sus esculturas actúan como agotados centinelas del mundo de ultratumba, compungidos guerreros sacados de una batalla, que llevan los estandartes de la rabia y la desesperación ante el abismo de la nada.

En su periplo a los infiernos, sus figuras caminan sin rumbo por la morada de los difuntos, donde penan los condenados por la ira de los dioses de nuestro tiempo. En este lugar de tinieblas, sus personajes se contorsionan en medio del pesar y el dolor.

En esta odisea sobre aguas turbulentas, son conducidos por terribles compañeros de viaje como son: el odio, la devastación y el caos.

Sus figuras perciben los golpes lejanos de los cascos de los caballos de los jinetes del Apocalipsis (la peste, el hambre, la guerra y la muerte). Éstos han dejado su estela indeleble de destrucción sobre la superficie de la tierra.

El dominio de una sociedad represora, como una sombra letal, actúa en ellos como una espada de Damocles que oscila sobre sus enigmáticas cabezas. Heridos como "galos moribundos", sus seres atraviesan la dimensión escultórica y nos ofrecen su particular mirada sobre la intolerancia y el desarraigo.

Esta obra es un recorrido por los sentimientos de angustia de los seres humanos por encontrar un lugar donde esconderse de la opresión y los totalitarismos.

Sus lamentos están llenos de plegarias escondidas, deseos de escapar de su tortura en cárceles de incomunicación y de huir del perro del infierno, con sus tres cabezas (la tiranía, la mentira y la violencia), que brama para retenerlos en su guarida.

Los seres nos desvelan sus sensaciones de dolor ante la realidad de la existencia, el terror ante una sociedad manipuladora que conduce al individuo al fallecimiento en vida —que es el aislamiento—, mientras nos dejamos guiar por la estela de fuego que es la esperanza.

La imagen de la muerte ha estado presente siempre en la obra de Gervasio Arturo. Así, en sus primeras obras mostró la dualidad entre Eros y Thánatos, con una sensualidad velada, donde el tema del desnudo era el eje central, junto con la frustración del ser humano ante la sociedad que nos rodea.

Posteriormente, en sus piezas de 1992, centradas en el tema de los iconos, pude observar cómo los personajes de sus composiciones esperaban la llegada de la muerte, expectantes, pues velaban sigilosamente, mientras deambulaban dolientes bajo cúpulas de cristal que se elevaban sobre su reino de ficción. En sus pinturas, todos los personajes guardaban un riguroso luto por los difuntos y permanecían relegados en conventos, cuyos muros se convirtieron en prisiones de soledad.

Luego, en la exposición celebrada en 1994, en la Caja General de Ahorros de Canarias, en Puerto de la Cruz, vislumbré imágenes de santos cristianos, que desde los sufrimientos del martirio, nos sorprendían con sus miradas cargadas de lirismo y de ensoñación. En esta exposición destaco la figura de una "Salomé atormentada" por la visión fantasmagórica, surgida de entre las sombras, de San Juan Bautista que le recriminaba su conducta. En "San Pedro" y "San Sebastián asaeteado" detecto el inicio de varios conceptos que se mostrarían hace tan solo unos meses en el Ateneo, tales como: la muerte, la tortura y la trascendencia de la existencia.

Los labios de sus últimas esculturas, aparentemente cerrados, nos hablan de la represión y la injusticia. En su lenguaje, sus pensamientos nos informan sobre la tristeza que dibuja espirales de sinsabores y desencantos sobre ellos. Sus expresiones de temor o desesperación, nos indican el desamparo ante un mundo que intenta aplastar todo lo que le sea ajeno; por ello, las esculturas de Gervasio Arturo se resisten a vernos, a hablarnos; simplemente, escuchan nuestras preguntas sin que por ello recibamos respuestas.

Atrapados en la incompreensión, los seres condenados navegan por la corriente, siguiendo el tañido de las campanas de lamentos y catástrofes, a través de nuestros miedos y pesadillas.

La muerte, mientras esconde su arma afilada para cortar los hilos que nos atan a nuestra existencia terrenal y a través de sus cuencas vacías, nos espía inquieta. Pero, al fin y al cabo, las esculturas de este artista consiguen acabar con las telas de araña, que el tiempo teje alrededor de los seres humanos, y escapar de esta realidad a través de una elipse mágica.

El instinto de destrucción de Thánatos, que devora todo lo que encuentra a su paso, me ha servido para reflexionar sobre la temática de la producción de Gervasio Arturo. Además, la fuerza de su obra nos introduce en su universo meditado y trágico que transcende al infinito.

**Thánatos**  
en la  
obra de  
Gervasio  
Arturo

